

Dib. SAMA.—Madrid.

EL.—Yo, cuando joven, me atreví a tocar en público el Septimino de Beethoven.  
LA MAMÁ.—¡Qué indecente!... ¿Y no le vieron los guardas?...



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		
Trimestre (13 números).....	5.20	pesetas
Semestre (26 — ).....	10 40	—
Año (52 — ).....	20	—

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		
Trimestre (13 números).....	6.20	pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40	—
Año (52 — ).....	24	—

EXTRANJERO		
UNIÓN POSTAL		
Trimestre.....	9	pesetas
Semestre.....	16	—
Año.....	32	—
ARGENTINA (Buenos Aires)		
Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856		
Semestre.....	\$ 6	50
Año.....	\$ 12	
Número suelto.....	25	centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
**Plaza del Ángel, 5.—MADRID**  
 APARTADO 12.142

# LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

## BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,  
 DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M





# SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

20.—Nombre.

RIO-VE-RIO

21.—Charada.

—¡Segunda tercia perro el mío!  
¡Prima dos tres he jugado, y segun-  
da tercera huyo del todo me mon-  
dan!

22.—Frase hecha.

AL-EN-EMI-GO



SOMBREROS  
**BRAVE**  
6 · MONTERA · 6

23.—Otra frase hecha.

LEER

24.—Del billar.

II pronombre II

25.—Charada.

—Cómo quieres que *cuarta quinta*,  
si la *prima dos tercia* yo *tercia cuarta*  
*quinta* me ha despreciado, porque  
tengo poco sueldo.  
—Pues ha hecho contigo una *todo*.

26.—Impedimenta.

P letra griega T

Cre-  
ma



**Polar**

Boca sana :- Dientes blancos.  
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a  
toda solución que se nos  
remita con destino a nues-  
tro CONCURSO DE PA-  
SATIEMPOS del mes de  
enero.





EL RAPTOR.—¿Crées que habrán oído este estrépito en tu casa?

ELLA.—¡No, si no hay nadie!

(De The Humourists, Londres.)

# LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS

D B

## LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de  
toda clase de insectos.

PARIS y BERLIN  
Gran premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre es-  
ta marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angelical Cutis** LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos la sanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

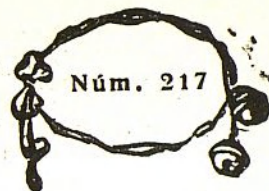
**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS**

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin sentirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)





## UNA HISTORIA DE HIPOPÓTAMOS



LEVABA escasamente una semana viajando por las selvas africanas, cuyo clima me habían recomendado los médicos contra los sabañones, y ya mi aburrimiento era insoportable. Como única diversión paseaba por la selva y hacía solitarios. Sin embargo, hubiera dado cualquier cosa por poder charlar unos instantes aunque hubiera sido con un loro.

Una mañana, paseando a la orilla de un río, absorto en tristes reflexiones, divisé una manada de hipopótamos que, alarmadísimos por mi presencia, huía al verme, abandonando dos hipopotamitos recién nacidos.

Siempre he sentido un gran amor a la infancia; así es que acabé llevándome los conmi-go. Aquella noche tuve una idea genial: ¿por qué no enseñar mi idioma a los dos animales? ¿no hablan los loros? ¿por qué, pues, no van a poderlo hacer los hipopótamos?

En seguida comencé mi tarea. Al principio tuve que trabajar como un negro. Subía a los dos animalitos sobre mi mesa camilla y durante cuatro o cinco horas les hablaba en voz alta, vocalizando cuidadosamente. El resultado no se hizo esperar. A los dos meses, uno de los hipopótamos dijo «ajo» y poco más tarde decían claramente «papá» y «mamá»; siete meses después podíamos sostener una conversación y cuando cumplieron los dos años eran ya unos señores hipopótamos que hablaban el castellano a las mil maravillas.

Los animales, a quienes bauticé respectivamente con los nombres de Geromo y Gustavo, salían mucho conmigo acompañándome en mis paseos por el bosque. Esto no quiere decir que re-  
tueran el trato de sus semejan-

tes. Cada vez era más frecuente verles reunidos con otros animales de su especie. Los resultados de esta amistad no tardaron en hacerse sentir; poco a poco, todos los hipopótamos del África central empezaron a balbucir el castellano. Algunos lo hablaban con la misma elegancia que Ortega y Gasset. Durante mis paseos era frecuente encontrarme animales que asomaban su negruzca cabeza entre la vegetación para gritarme: —¡Hipopótamo real, para España y no para Portugal!

Una mañana llamaron a mi puerta. Era una comisión de hipopótamos que deseaba hablarme. Los pasé a mi despacho.

—Gracias a usted —dijo el que llevaba la voz— hemos aprendido el castellano. Pues bien; ahora queremos aprender el chino. Si no nos lo enseña, se arrepentirá usted.

Me era violento confesarles que no sabía chino. Traté, pues, de rehuir el compromiso asegurándoles que era un idioma muy difícil.

—No nos dejaremos engañar —contestaron varios—. El chino es más fácil que el castellano. Lo prueba el que es mayor el número de personas que hablan chino. Si el castellano fuera más fácil que el idioma de los hijos del Celeste Imperio, éstos no serían tontos y hablarían el castellano.

No pude convencerles. Y tras de una violenta discusión, las amistades quedaron rotas. Geromo y Gustavo, ¡los miserables! hicieron causa común con sus compañeros. Un día, ya no me atreví a salir de casa. El ambiente hostil aumentaba, y más de una vez paseando por la selva oí terribles amenazas tras los cañaverales.

Pocas mañanas después, al levantarme de la cama, observé que habían cercado mi casa y que me dirigían tremendos insultos. Pude huir por la noche amparándome en la obscuridad, pero no sin que los hipopótamos notasen mi fuga. Fué una carrera frenética, desenfundada, sintiendo siempre a mis espaldas aquellos animales que venían pisándome los talones. Se me acabaron las fuerzas y me encaramé en una palmera. No había acabado de hacerlo cuando aparecieron mis enemigos, que se pararon debajo del árbol, decididos a esperar mi descenso. Pasé así dos días y dos noches. Al amanecer del tercer día, los hipopótamos impacientes comenzaron a subir gateando por el tronco del árbol. Estaba horrorizado; los animales andaban ya



Dib. SILENO.—Madrid



por las ramas de la palmera. Entonces tuve una resolución heroica y aprovechando el que los hipopótamos se habían distraído comiendo dátiles, di un salto arrojándome al suelo. Eché a correr nuevamente a través de la selva. Los gigantes bichos se arrojaron también desde lo alto en mi persecución. Corrí durante doce días, perseguido siempre por aquellas enfi-

recidas bestias que iban poco a poco ganándose el terreno. Estaba a punto de desfallecer y de rendirme, cuando al divisar cercana la frontera del Congo belga la traspuse de un salto.

Los hipopótamos se detuvieron, consultándose durante un momento. Luego, mohinos y cabizbajos, iniciaron el regreso. Rápidamente los perdí de vista.

Al verme penetrar en una colonia extranjera, no se atrevieron a seguirme. No llevaban encima pasaporte ni documento alguno que acreditase sus personalidades, y temieron sin duda ser molestados por las autoridades del país.

MANUEL LÁZARO.

## LA "CARABINA" DE AMBROSIA

(MONÓLOGO)

Aquí, señores míos,  
me tenéis sin descanso ni sosiego,  
metida en veinte líos  
y en dura condición de arma de fuego.  
¡Quién había, señores, de decirme  
que iba yo a convertirme  
con el tiempo en risible carabina,  
yo que tuve una hermana vizcondesa  
y un abuelo canónigo en Manresa  
y un tío mandarín, que está en la China  
con su media naranja mandarina!  
Ignoro si he tenido quince años.  
Más bien creo que desde la lactancia  
salté a la triste edad (segunda infancia)  
en que quitan la fe los desengaños;  
y, por mi traza fina,  
entré de acompañante *peregrina*  
de la joven Ambrosia Rostrobello,  
pasando de patrona a carabina  
sin darme cuenta de ello.  
Yo no sé si es envidia o es coraje,  
si es *cestitis* aguda,  
si es pena por haber hecho el viaje  
de la existencia ruda  
sin haber conseguido maridaje  
con quien dábame amor, calor y ayuda;  
mas me lleva el demonio,  
pues en vez de gozar del matrimonio  
(que a tantas embelesa),  
me tengo que aguantar, con buena cara,  
y ver cómo *mi* Ambrosia *lo prepara*,  
obligándome a hacer la vista gruesa.  
¡Válgame Santa Orosia

lo que me hace correr la tal Ambrosia  
desde un extremo de Madrid al otro!

¿Se cree que soy un potro  
de esos que van a repartir la leche?  
¡Yo no sé con sus troles y paseos  
cómo no me hacen daño el escabeche  
y la insípida sopa de fideos!

Y no es esto lo malo; no, señores.  
Donde paso unos tragos superiores  
es en el bar «Tolillo»

(que es un bar de la calle de Trujillo)  
donde Ambrosia se mete con su Arturo  
en un rincón oscuro;

y, venga el achuchón y venga el beso,  
se atracan, mientras piensan, de seguro,  
que yo soy de cerámica o de yeso.

Y no hablemos del *cine*,  
pues allí, que yo afine o que no afine  
la vista y el oído,  
pasan ellos un rato divertido,  
mientras yo me repudro y me mareo  
pensando que es palpable y evidente  
lo que adivino ver... pero no veo...  
(afortunadamente).

En fin, señores míos, ya me canso,  
por el corto jornal que se me abona,  
de estar haciendo el ganso  
y, aun siendo de Madrid, ser de Cestona;  
por lo cual, aunque sé que en ello pierdo,  
cualquier día de Ambrosia me separo.  
¡Veréis a lo mejor, cómo me acuerdo  
de que soy carabina... y me disparo!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

BUEN HUMOR se vende en NICARAGUA :- D. Andrés García E., 1.ª Calle del Norte número 29 :- MANAGUA





Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

- Es el retrato cubista de don Teófanés Perencejo.
- Pues, chico; a mí me parece que has hecho un adoquín.
- ,Como que está parecidísimo...!



## CUESTIONES DE POCO PESO

## LA MODA DE LAS BOQUILLAS Y LA DE LOS CIGARRILLOS

Los chinos que han invadido Madrid de Bombilla a Ventas y de Cuatro Caminos a Embajadores, tienen, entre otras menos desconocidas, la absurda pretensión de hacer que surja nuevamente la moda de fumar en boquilla... ¡Ilusiones de los pávidos hijos del ex-celeste Imperio!

La boquilla ya no se usa, digan lo que quieran nuestros amables huéspedes. Hoy la gente elegante fuma pitillos emboquillados —blancos, negros, de corcho, dorados, rojos—, pero no fuma en boquilla. Esta tuvo sus días de gloria, como don Antonio Goicoechea, y se fué para no volver jamás, como don Santiago Alba. ¡Qué le hemos de hacer!

Todos cuantos hemos tenido la suerte o la desgracia de nacer desde el 80 para acá debiéramos agruparnos y formar la «generación de la boquilla». Más razón de ser y más fundamento histórico tendría esa generación que las llamadas pomposamente del 98 del 900, del 908, etc., etc. La boquilla ha sido nuestra compañera y nuestra contemporánea.

¡Y en cuánta diversidad de organiza-

ción, de estructura y de forma!... Consistía al principio en una cañita corta y ahumada por el borde, para mayor autenticidad. Después, se puso de moda fumar en el hueso de la pata de una liebre, cosa que entre los cazadores, los militares retirados y los curas era absolutamente indispensable y en aras de la cual inmolaban todos los ratos libres del día, consagrándolos a arrojar el humo sobre la pipa, refrotando y resobando ésta hasta conseguir embotarla, siempre con el especialísimo cuidado de que no se desprendiese de la tibia el peroné y engarzándolo en plata cuando tal infortunio sobrevenía. Más tarde, se introdujo la costumbre —muy cara por cierto— de fumar en un pedazo de antena de langosta, con lo que el fumador demostraba ante el mundo civilizado su propia gastronomía. Y por último, tras de estériles tentativas de la boquilla de cerezo, de higuera, de corcho y de cristal, llegó la de ámbar, con sus múltiples expresiones de serpiente, de garra de águila, de pata de cabra, de cabeza de perro, de bellota, de ánfora, de mano o de pico...

Hoy todo eso resulta perfectamente inadmisibles y cursi. En estos tiempos de los cigarrillos turcos, egipcios e ingleses, si un ciudadano se lanzase a la calle de Alcalá fumando en la pata de una liebre o en la de una langosta, produciría un verdadero motín, como lo causaría si se arriesgase a cruzar la Puerta del Sol vistiendo de calzón corto, con medias a la virul y sombrero de tres candiles.

No en balde pasa el tiempo y se suceden las modas... Y no en balde, nuestra augusta señora la Arrendataria está siempre atenta a cuantas innovaciones puedan traducirse en saneados beneficios para sus arcas y en insanos perjuicios para el bolsillo del fumador. Por ejemplo, ahora ha puesto a la venta una nueva elaboración de cigarrillos que en número de dieciocho no cuestan más que la ínfima pequeñez de una peseteja. La gente ha dado en decir que esos cigarrillos son los que fuman los consejeros de la Tabacalera y los compra como si constituyesen una verdadera ganga... ¡Los que fuman los consejeros! ¡Qué más quisiera la Arrendataria que los consejeros se contentasen con fumar esos cigarrillos!

Indudablemente, nuestra Compañía de Tabacos tiene muchísimo talento, digan lo que quieran los taxímetros —ya no estamos en tiempos de hablar de los termómetros—. Siempre complaciente, siempre lisonjera, siempre amable con el fumador, se desvive por atenderle, dándole todas las semanas una nueva elaboración y facilitándole así los medios de atravesar rápidamente este valle de lágrimas, donde todo se vuelve sinsabor y desgracia, donde los caseros están cada día más intransigentes y los tenderos menos razonables cada día. Quién sabe si esto, que a primera vista parece un mal, es, al fin, un bien que se nos hace y que nosotros nos obstinamos en rechazar. Por de pronto, la población de Madrid decrece rápidamente. Lo notamos en los paseos, en el tranvía, en el metro, en el autobús, allí donde vamos y allí de donde venimos. Si fuésemos un poco menos fumadores y un poco más filósofos, comprenderíamos que esa disminución del censo no obedece exclusivamente a la influencia de los taxis ni a la adulteración de los alimentos, sino al tabaco. Siguiendo así, dentro de un par de años, la Arrendataria habrá hecho el milagro de que se pueda encontrar en Madrid un piso de treinta duros y un kilo de carne a diez pesetas. Y entonces... ¡bendita sea su madre!

MARCIANO ZURITA



Dib.  
CISNEROS  
Madrid.

—¡Caramba, don Atilano: le encuentro a usted más bajo!

—¡Sí; es que me he lavado los pies!





EL HIDALGO DISTRAÍDO

(Drama de capa y espada, por MARÍN)



# TRAMPANTOS

## La venganza del presidente

Iba a ser por treintava vez presidente del Consejo de Ministros. Estaba un poco cansado y sus bigotes caídos, más caídos que nunca, eran los que más revelaban ese cansancio.

Los periodistas, viejos amigos suyos, le esperaban con los lápices en la mano a la puerta del palacio y los fotógrafos y los cinegrafistas le esperaban también con las máquinas preparadas sobre las arañas de sus trípodes preparadas.

El reelegido presidente al ver todo aquel grupo imponente y lleno de expectación, sacó del coche una gran máquina de fotografía, y dejando helados a fotógrafos y reporteros, gritó tomándose la revancha:

—¡Quietos!

## Manos grandes

Aquellas manos pensaban, proferían insultos, vociferaban:

Eran unas manos enormes que siempre le perdían, le vendían, le ponían en

evidencia. Se adelantaban a sus pensamientos y atenazaban las ideas o las dejaban en libertad. Eran como hijos indiscretos del que comían mucho pan, directamente, sin disimulo apenas; tanto que una noche para probar si eran ellas o él quienes se comían los panecillos sin cesar, fué colocando hasta cinco bizcochadas junto a ellas en aquel banquete en que nos tocó estar juntos y desaparecían como por ensalmo.

## Cajetilla sepulcral

En las tumbas de los egipcios no se han encontrado cajetillas de cigarrillos egipcios, cosa que siempre me ha resultado inexplicable y que ha sugerido en mí la sospecha de que las gentes del séquito se las habían escamoteado al muerto aprovechando un descuido de los sacerdotes.

Porque si le dejaban al muerto comida, perfumes y vino, mejor hubiera sido que le dejasen cigarrillos, que es lo que más le habría entretenido a través de la muerte, en esa espera tétrica

e interminable. Una rueda de mil cigarrillos era lo indicado por el pronto.

En el nuevo ritual de la muerte habría que echar una cajetilla en las tumbas. Que aunque el muerto no pueda fumar tenga la idea consoladora de que tiene cigarrillos.

## Medias de aluminio

Preparo un invento que me ha de dar mucho dinero. Unas medias de aluminio transparentes, tenues, flexibles como las de seda.

Barato como es el aluminio no habrá más que encontrar la manera de fabricarle en filatura leve. Lo lograré y, en cuanto lo logre, a despachar medias de aluminio, las más finas, las más duraderas, las más limpias.

El negocio es estupendo, pues será brillantísimo el efecto de los escaparatés en todas mis sucursales.

Esa fiereza junto a cierta delicadez que tienen las piernas femeninas ganará en prestancia y en irresistible dominio, gracias a las medias aluminicas.

En los programas de los music-halls se podrá anunciar «batería de piernas» y los salvajes podrán asar la pierna en su propia media; ¡no es nada esa comodidad exprés que obtendrán!

## Pasajero sin billete

Nunca había sucedido en los aviones de pasajeros se colase nadie de rondón dispuesto a viajar sin billete.

En el avión que hacía el servicio de pasajeros del polo Norte al polo Sur —«el gran viaje» como anunciaban las agencias—hubo un momento del trayecto, sobre el desierto del Sahara, en que el revisor de la aeronave encontró debajo de un asiento a un grumete intrépido y decidido que había querido probar la exquisita voluptuosidad de tomar un helado en el polo Sur y otro en el polo Norte.

El capitán al enterarse del suceso, indignado con aquel exceso de equipaje que ponía hasta en peligro la aeronave, ordenó que se hiciese apear en marcha al viajero que no tenía billete. Iba a cumplir la orden el revisor cuando los viajeros se opusieron en masa a que la llevase a cabo.

El capitán entonces declaró «que corrían peligro todos por causa de aquel intruso, pues su peso de treinta y dos kilos era sobranter».

En vista de eso, seis pasajeros tiraron sus seis máquinas de escribir al desierto y el viaje pudo continuar. El chico estaba salvado. Lo malo es que en el desierto habrá surgido una oficina de seguros y reclamaciones.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Dib. TIFISÍN. —Madrid.

—¡Mira qué figura más cursi hacen esos dos bailando!...



# TRAVESÍA ACCIDENTADA

¡Cielos!... ¡La Rosario allí!...  
Evitar será mejor...  
¡Ya me ha visto!... ¡Me lucí!...  
¡Qué apuro!... (¡Vela a estribor!)  
Corro... ¡Maldita Rosario!...  
Si yo pudiera en la plaza...  
¡Nada!... ¡Imposible!... (¡El corsario,  
está visto, nos dá caza!)

La distingo claramente...  
¡Me llama!... No la respondo  
y me escurro diligente...  
(¡El buque vira en redondo!)  
¡Terca sigue de mí en pos  
y yo voy ya sin aliento!...  
¡Se va acercando, gran Dios!...  
(¡Nos ganan el varlovento!)  
¿Qué es lo que grita esa fiera?...  
¡Ah, sí!... ¡Me llama pelmazo!...  
¡Bah, que diga lo que quiera!...  
(¡Suena el primer cañonazo!)  
Sigo huyendo velozmente  
de aquella serpiente boa...  
Tropiezo... ¡Maldita gente!...  
(¡El viento salta de proa!)  
Furiosa tira el mantón  
y yo el gabán... ¡Hala que hala!...  
¡Rediez! ¿Qué es esto? ¡Un chichón!...  
(¡Primer disparo con bala!)  
¡Me atrapó! ¡Mi suerte perral!  
—¡Granuja!

¡Me dá un cachete  
y a la solapa se aferra!  
(¡El buque pierde el trinquetel)  
—¡Voy a armar aquí la gorda!  
¡Bribón! ¡Vengaré tu ultrajel!...  
(¡Estamos borda con borda:  
inminente el abordajel)  
¡Ampárame, Dios clemente!...  
—¡Tomal!

—¡Favor, que me pega!  
(¡Caen los palos sobre el puente  
y entra el agua en la bodega!)

—¿Qué es esu?

—Que este bribón...

—¡Silenciu!

—¡Bruto!

—Si chista...

—¡Quindillas, por compasión!  
(¡Dos cruceros a la vista!)  
Un guardia me lleva al fin  
a la comi medio muerto.

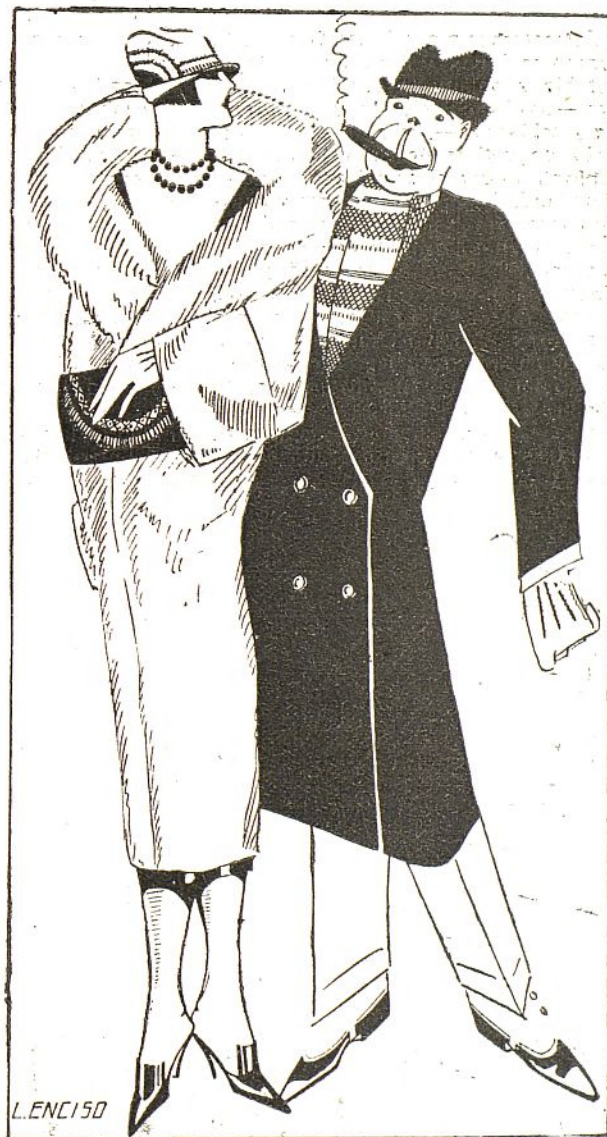
(¡Epílogo: el bergantín  
navega a remo!... ¡Puerto!...)

EL PILOTO DE DERROTA.

Dib.  
ENCISO  
Madrid.

## UN CONQUISTADOR

—¿Pero es posi-  
ble que no me re-  
conozca usted?  
—Reconocerle...  
sí que le reconoz-  
co. De lo que no  
me acuerdo es en  
donde le he echado  
cacahuets.



BUEN HUMOR se vende en SANTIAGO DE CHILE en la librería "El Progreso Científico" de Celerino Pérez R, Avenida Brasil, 58.



# BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS

En la Princesa, «Primerito, vivir...» de D. Manuel Linares Rivas.

Extractamos a continuación algunas consideraciones y fragmentos de la notable y aplaudida oración forense que —con beneplácito de la concurrencia y del jurado— pronunció en el Palacio de Justicia de La Princesa (no confundirlo con el de enfrente, que es el de las Salesas), el eminente y gallego juriconsulto señor Linares Rivas:

«... Muchos libros malos se escriben, muchos, señores del Jurado; pero ninguno como el Código. Los libros, por lo general, no se leen; y son, por lo tanto, inofensivos; mientras que el dichoso Código se lee, nos lo leen, nos lo imponen y nos lo aplican. El hombre deja de ser libre para ser libro: ese libro, pues, tiene que hacerse a él, amoldarse a él. Y como ese libro odio-

so que llaman Código Civil es de lo más incivil que se conoce, da, señores, aplicado al hombre, resultados funestísimos.

La comedia que tengo el gusto de presentaros como ejemplo, lo demuestra.

Una joven que no tiene que comer se casa con un hijo de familia que no tiene ganas de trabajar para comer. No es necesario; los papás del chico tienen dinero y la chica marcha en el matrimonio, gracias a los suegros, a pedir de boca. La boca pide y el bolsillo de los suegros se abre para tapparles la boca dándoles lo que les piden.

Hasta van en auto. Y como el que mal anda, mal acaba, y a todos los autos les llega su día, llega el día de autos y el joven marido se estrella. El se queda en mitad de la carretera muerto y ella, su mujer, se queda en mitad de la calle, viva.

El pierde la vida y ella no se gana

la vida. Llegó la hora de comer; quiere ir como de costumbre a casa de los suegros, puesto que allí la tenían a mesa y mantel cuando vivía su marido y se encuentra con que ahora se lían a la cabeza el mantel y la dejan debajo de la mesa. ¿Ella qué tiene ya que ver con la familia? Los suegros se llaman a andana y le sueltan a la nuera la andanada. La mantenían por el hijo; pero muerto el hijo, ella no es nadie ya para los suegros. Vuelve a quedarse como antes del matrimonio.

Pues bien, señores, ¿esto es justo? ¿No clama el cielo que así sea? ¿No es indignante que el Código no salga al paso de semejante contingencia y haga obligatoria y vitalicia la alimentación, por parte de los suegros, de la nuera que se queda sin un cuarto?

El matrimonio es un negocio. Los contrayentes creen a veces que el matrimonio es una unión amorosa; pero los papás de los contrayentes no pueden nunca creer eso, pues todos se pasan la vida aconsejando a sus retoños que miren lo que hacen y se casen con personas de posición, prueba indudable de que consideran el casorio como una Sociedad o asociación donde la mujer es el socio industrial y el marido el capitalista.

La joven de mi ejemplo, señores del Jurado, se casó para asegurarse la vida. El marido era el capitalista del negocio y la única garantía de ese capital era la solvencia de los suegros. Que paguen, pues, los suegros.

Es lo menos que puede pedir la pobre esposa. Porque fijarse, señores magistrados, que aun en el caso de que le paguen los suegros la comida, sale perdiendo la mujer. Porque el negocio matrimonial le aseguraba a ella pitanza y marido. Podía, pues, en ley de lógica, pedir no sólo que los suegros le siguieran asegurando la pitanza, sino también el marido. Ella necesita de ambas cosas. Por eso se casó; eso fué lo contratado. ¡Que se cumpla, pues, el contrato! Que le busquen los suegros un sustituto. ¿No cumplió ella con las obligaciones del contrato que la concernían? ¿No aportó ella, la primera materia del negocio, como era su deber, legalmente? Pues que el otro miembro contratante aporte lo que le corresponde.

No sólo de pan vive la mujer. No basta, pues, que los suegros la mantengan; tienen además que buscarle



Dib.  
CUESTA  
París.

—¡Ese necio de Martínez, siempre luciendo la cruz que le dieron por su tomo de versos!

—¡Ya se sabe: cuando no se sabe escribir se pone una cruz!



otro marido. Y el Código les debe obligar a ello o el Código no sabe lo que se hace. El contrayente se compromete en el momento del contrato bilateral, que llamamos matrimonio, a ser esposo fiel durante toda la vida, y, confiada en esa promesa y ese juramento, entrega la esposa su mano. Pero, ah, señores del Tribunal, ¿qué quiere decir eso de que será esposo fiel durante *toda la vida*? durante toda la vida ¿de quién? ¿del marido? Ah, no, señores. Eso sería absurdo. Puede, sí, no lo niego, que el Código pretenda dar ese sentido al compromiso; pero eso demuestra hasta qué punto está el dicho Código falto de sentido común. La esposa quiere asegurarse marido durante toda la vida de ella, no de él. O le hace falta marido o no le hace falta; si se casa, es que le hace falta; y si le hace falta, le hace falta siempre; necesita, pues, tener esposo siempre. El marido, está, pues, obligado, una de dos: o a no morir o a dejar eso arreglado para caso de fallecimiento. Es muy cómodo eso de morir y decir: «¡ahí queda eso!»... No... El Código debe prever el caso y evitarlo. El cónyuge que quede vivo es el que necesita matrimonio, que lo que es el muerto, no; luego quien necesita esposo fiel es la mujer en este caso.

Si el esposo comete la imprudencia de morir antes de tiempo, durante la vigencia del contrato, falta, criminalmente—haciendo tanta falta—y queda incurso en la cláusula 5.ª, apartado C, del artículo 500 del Código penal, en lo que se refiere a contratos bilaterales. Perpetra el esposo al morir un delito que el Código de Comercio califica de incumplimiento de contrato; que califica el Código Civil de imprudencia temeraria con agravantes de nocturnidad y de abuso de confianza; y califica el Código Militar de abandono de destino y de armas estando frente al enemigo en uso de servicio y pie de guerra.

Ese delito exige pena; y si el socio no cumple porque ha muerto, ¡que paguen los suegros, que son los más directos e inmediatamente responsables!

Me diréis, acaso, que la ley permite a la viuda adquirir estado de nuevo; que la viuda puede reanudar el negocio con otro capitalista. Pero ya sabéis que una fábrica de segunda mano, en liquidación, traspaso o saldo, pierde de precio... No es igual... La esposa, pues, pudiera quejarse y alegar todo lo dicho. No lo dice. Se limita a pedir dinero; ¡ya véis qué sacrificio! Se encuentra falta de amor y de dinero; pide solamente dinero. Podría gritar, oh, magistrados, con grito de tragedia: «¡Aquí hace falta un hombre!» No lo grita. Se calla lo del hombre y dice lo del hambre. No puede por menos; porque los gritos del estómago no se acallan con heroísmo; se aca-

llan, señores, con garbanzos. (Aplausos en la mayoría.)

Ya sé de sobra, señores, que podrán objetarme que la esposa no ha dado al negocio todo lo que se podía esperar de ella: un rorro. Pero ¿es la culpa suya? Problema, señores magistrados, que nos llevaría muy lejos. Pero, sí; ya sé que los suegros aflojarían la mosca a la viuda si ésta les hubiese dado un descendiente. Lo sé; pero ahí, precisamente, el disparate. Porque eso da lugar a que la viuda vaya y haga lo que hace en la comedia ejemplar que os estoy poniendo como ejemplo: ir a una cuñada suya y decirle, sobre poco más o menos: «Mira, chica; mírate en mi espejo y ten un chico cuanto antes, porque el consocio, vulgo marido, se te va a morir, y como te pesque la viudez como a mí, sin vástago, ¡adiós la viudedad!, tendrás que hacerte una cruz en el estómago.»

Y, en efecto, la cuñada comprende toda la razón que tiene la consejera y

escribe (¡quién supiera escribir!) a París cuanto antes, encargando a un primo suyo que haga el favor de echarle la carta al correo, ya que el marido está enfermo.

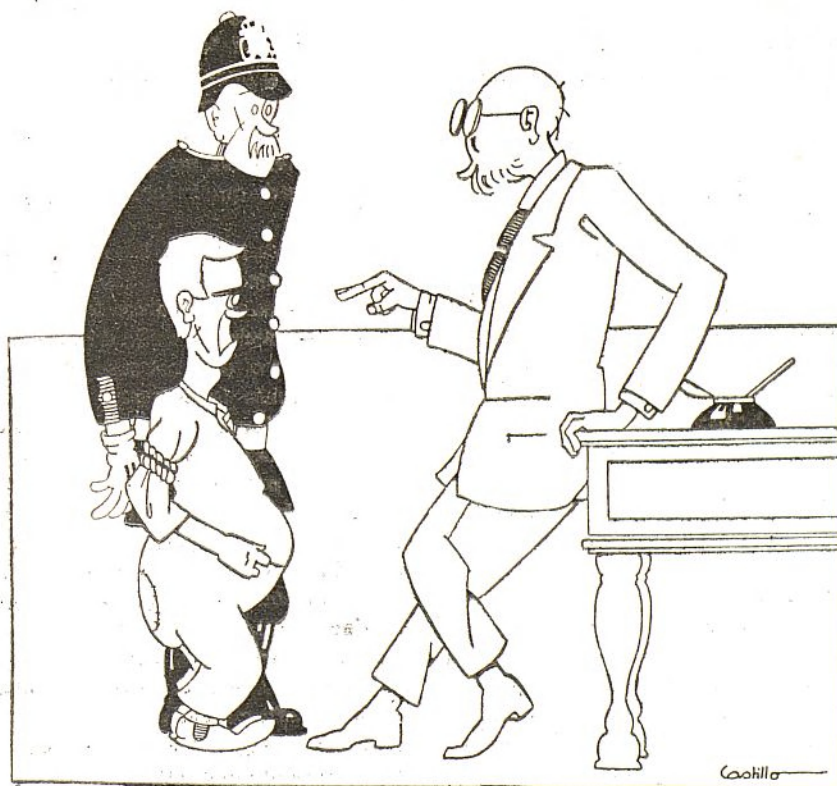
Gracias a esto, señores, los suegros, aunque con la mosca en la oreja, acaban por aflojar la mosca y mantener a esta nuera, mientras la otra, se queda sin comer por no habersele ocurrido antes la combinación del encargo postal a los Parises.

¿No es esto monstruoso? Pues esto pasa por culpa de ese Código.

Es tan nefando y disparatado eso del Código que si, por fin, a fuerza de comedias, acabaran por decidirse y reformarlo, daría igual; yo escribiría, señores, otra docena de comedias como ésta demostrando que el remedio y el arreglo, fuese el que fuese, era también disparatado. (Ovación.)

Nuestra felicitación más entusiasta.

MANUEL ABRIL



Dib. CASTILLO.—Madrid.

EL COMISARIO.—Por esta vez te va a costar catorce años de presidio.

EL PRESO.—Yo creo, señor comisario, que por antiguo cliente se me debía de hacer alguna rebaja.



## = LOS INGLESES =

### EN EL POLO NORTE

Pese a todo lo que se ha dicho desde luengos y barbudos años; pese al pisto que se han dado una infinidad de exploradores árticos; pese a las noticias de los periódicos y a las conferencias de los centros científicos y ligeramente geográficos; pese a todo esto que digo, y a bastante más que no digo porque me cansaría, el Polo Norte no ha sido descubierto todavía. Esta es la triste verdad y no hay razón para que pretendamos engañarnos los unos a los otros con la monserga de que el susodicho y helado Polito (o Polazo, pues ignoramos su tamaño) es una cosa tan conocida y asequible a la humanidad viajera como Getafe o como San Pelayo de Guixols, pongo por lugares frecuentados y paradisíacos.

Repitamos, pues, como si fuésemos melones (qué quizás lo seamos) que el consabido Polo Norte no ha tenido aún el disgusto de que le pise ningún sujeto consciente. Todos los que han dicho que han estado en el Polo, han mentido bellacamente como cualquier fakir Blacamán necesitado del vil cocido. ¡Y esto no es serio!

Nosotros, que sabemos lo difícil que es llegar al Polo y pasar en él unos días de juerga sevillana, no tenemos más remedio que protestar de las aseveraciones de Amundsen y de otros humoristas por el estilo. Allí no ha llegado nadie, ni es probable que llegue, ni en resumen de cuentas vemos la necesidad de llegar, sabiendo que no hay manera de hacer amistades, ni de emprender negocios, ni siquiera de dar unos cuantos paseos higiénicos bajo la sombra de los árboles. Aquello es una porquería que no merece la pena de olerla. Aquello es una estu-

pez, aunque le pusiesen calefacción central. Aquello no tiene gracia, en una palabra.

¿Por qué, entonces, esa manía de descubrir al Polo, con el mismo afán que pondría un hambriento desesperado en descubrir un cubierto de seis pesetas?... ¿Es que los que van al Polo tienen la pretensión de que vayamos los demás para convencernos de que ellos han ido?... ¿Es que, una vez descubierto el desaparecido lugar, se van a quedar allí a vivir los desafortunados descubridores? ¡Porque, la verdad, descubrirlo y volverse corriendo a su casa para calentarse en la estufa y contárselo a los vecinos, no nos parece una faena digna de que la loen ni de que la lean!...

Pasan ya de seis mil los desgraciados veraneantes que han ido al Polo y que han vuelto chupándose los dedos y sin poder decirnos nada de particular. Los cuatro o cinco, más osados, que han tenido la avilantez de decir que habían llegado al repetido Polete y hasta un poco más allá; no nos han traído más pruebas que la afirmación de que allí habían clavado una banderita y enterrado un perrito chico recién acuñado y que los que quisiéramos verlo no teníamos más que agarrar las alforjas y dirigirnos al sitio, para lo cual nos daban las señas exactas. Pero como ni ustedes ni yo, ni nadie medianamente educado, hemos querido hacer la prueba, los tíos han seguido asegurando que el Polo estaba descubierto y nosotros nos hemos conformado con compadecer al Polo que, con los ochenta grados bajo cero que disfruta, tenía que seguir descubierto ya para siempre...



—Tu marido ha cogido la pulmonía por no se ha querido cuidar...  
—Ni se cuida; esta noche mismo, por que le he regañao, se la ha pasao tosiendo...

Afortunadamente para el Polo, nada de esto era cierto. Ni Amundsen, ni sus predecesores, ni Santa Rita de Casia, ni Crisjo que lo fundó, han conseguido lo que se dice ni esto. El Polo, como las niñas desaparecidas y el dinero del Banco Vasco, son cosas que no habrá mortal que pueda encontrar jamás. Nos jugamos a cara y cruz el poco pelo que nos queda (guardado en un dije.)

Todas estas consideraciones me las ha dictado el conocimiento de un hecho, ignorado hasta hoy por los más conspicuos exploradores polares: el viaje de mister Werby y de tres compañeros de café, ingleses como él, que son los cuatro caballeros que han llegado más cerca del Polo y que no han cometido la desvergüenza de engañar a la gente diciendo que habían bailado una jiga encima de él y a la salud de Inglaterra. Claro es que los ingleses no pueden decir otra cosa, porque el día que un inglés encuentre el Polo, Inglaterra le obligará a que se lo lleve a Londres metido en un paquete y a la disposición del Almirantazgo; pero esto no aminora la honradez de Werby y sus amigos, que nosotros reconocemos con el mayor gusto y regocijo.

Werby emprendió la excursión en bicicleta, la siguió en barco, la continuó en patines, la prosiguió en trineo y la subsiguió en unos zapatos del número cincuenta cuadruplicado. Al llegar a determinados grados de latitud sintió frío por la espalda y le latió el corazón. El termómetro marcaba catorce grados bajo cero. Dos días después el termómetro marcó diez y ocho grados de la misma indecente clase. Y a la semana siguiente, el termómetro, que bajaba más aprisa que el franco, llegó a marcar la friolera (friolerísima, según Werby) de treinta y cinco grados con el cero a la izquierda, y ya es sabido que en los termómetros un cero a la izquierda no es lo mismo que en una casa donde manda la suegra.

Werby, que llevaba un gabán de Alcoy y que se había olvidado de llevar los calzoncillos del doctor Rasurél que se recomiendan para estas bromas polares, empezó a encontrar el asunto un poco idiota. Sus compañeros le siguieron en su hondo pesimismo y hablaron de despreciar al Polo y volver

atrás. El termómetro tuvo una nueva humorada y descendió a cuarenta y ocho grados bajo cero. Werby estornudó y habló mal de la abadía de Westminster, en un raptó de furor. Se impuso, no obstante, el criterio de que sería cobarde retroceder y siguieron adelante. A los pocos días, Werby tenía tres sabañones del tamaño de tres catedrales, con feligreses dentro; y el termómetro se corrió hasta los cincuenta y siete grados. ¿Estaba cerca el Polo? Los aparatos de Werby parecían asegurarlo así y, con nuevo vigor, los exploradores siguieron su camino.

Un día pareció que había llegado el anhelado término. El termómetro acusaba los ochenta grados y los aparatos dijeron que aquello podía muy bien ser el Polo. Los compañeros de Werby se entregaron a transportes de alegría, pero éste, más escamón, quiso cerciorarse y revisó escrupulosamente los susodichos aparatos. ¡El desencanto fué tan rápido como feroz! ¡Aquello no era el Polo! Werby empezó a tiritar y con la vista fija en el termómetro y con la mano izquierda en un sabañón y la derecha en los dos restantes, exclamó con profunda desesperación:

—¡¡Estamos frescos!!...

Ni sus compañeros se atrevieron a llevarle la contraria ni creo que nadie lo hubiese intentado en aquel momento, porque es que era el Evangelio lo que decía...

Aparte lo expuesto, hay otra prueba de que los ingleses no podrán jamás descubrir donde está el Polo.

Y esa prueba reside en un servidor de ustedes.

Mi sastre, mi médico y un honorable señor que me prestó mil pesetas cuando los festejos de Otoño, andan por ahí mohinos y cariacontecidos porque no logran averiguar las señas de la casa donde vivo.

¿Quieren ustedes una demostración más palpable de que los ingleses no pueden encontrar el Polo?

Ni lo encontrarán nunca, se lo juro a ustedes por mi formidable salud...

ERNESTO POLO



# UNA MUJER QUE ES SADISTA O EL INGLÉS Y SU CONQUISTA

*Argumento trágico para un sketch, planeado en escenas y dedicado a mi amable comunicante, D. F. S., de Madrid, que quiere escribir un sketch y anda loco buscando un argumento.*



PERSONAJES, que hablarán equivocándose lo menos posible: *Java Blandouska*, actriz rusa; célebre como los productos Cutex. *El conde de Kodak*, aristócrata español bastante rancio. *Ramonuccio*, ventrílocuo italiano, un poco tartamudo. *Pascasio Norton*, inglés, presidente de la Sociedad Protectora de los Bacalaos Desvalidos, de Escocia. *Feodoro Feodoroiev*, ruso de Astrakán. *Varias muchachas del conjunto* que saldrán a escena a bailar cada vez que los actores hagan una pausa por no oír bien al apunador. *Un tramoyista*, que no habla, porque no sabe qué decir.



## CUADRO ÚNICO

(*Advertencia:* La ejecución de este cuadro trágico deberá cuidarse mucho, y me parece inútil decir que los actores y actrices que formen el cuadro serán los encargados de la ejecución.)

*Decoración.*—El escenario de un teatro. Al foro, el foro. A derecha e izquierda, los laterales correspondientes. Arrimados a las paredes, varios bastidores. No deben olvidarse los bastidores para que la obra salga bordada. Lámparas, sillas, auxiliares. Algunas bambalinas. Letreros escritos por varios amigos de la Empresa. Varios trastos.

Al levantarse el telón, se hace la toi-

lette. En seguida y por la derecha sale un tramoyista con cara de primo, enciende un cigarro y se va por la izquierda. Esta pasada es un «detalle» que sirve para dar ambiente. El tramoyista cuidará de fíjar al suelo la cerilla encendida, para dar mayor sensación de que se está en un teatro de veras. Por la derecha sale el conde de Kodak, llamado así porque siempre que va a algún sitio, lleva un objetivo determinado. El conde de Kodak se cubre con un buen traje y se toca con sombrero de conde (1). El objetivo que trae Kodak al teatro en que nos hallamos es enamorar a la gran actriz rusa Java Blandouska, que actúa en el referido coliseo. Acompaña al conde, Feodoro

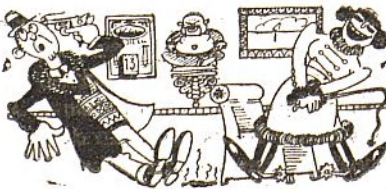


Feodoroiev, que es ruso hasta los forros. En la intimidad, a Feodoro unos le llaman Doro y otros le llaman Feo. Casi todos le llaman Feo. Y con razón.

## ESCENA I

### Kodak-Feodoro.

El conde y Feodoro hablan de Java. También hablan del Cáucaso y de la Patagonia, porque el conde ha viajado más que un baul de la compañía Guerrero-Mendoza. El conde confiesa a su amigo que está por la rusa que bebe petróleo. Esto puede dar lugar prime-



ro a un número de música, y luego a la indignación frenética del público.

(1) Para «hacer» el tipo conviene ver cómo se toca el Conde de Luxemburgo.

## ESCENA II

### Dichos-Ramonuccio

Entra, tropezando, *Ramonuccio*, célebre ventrílocuo italiano que también



trabaja en el teatro donde se desliza con skis la acción.

El conde y Feodoro preguntan a Ramonuccio si pueden ver a Java Blandouska y el ventrílocuo les contesta que a Java no la puede ver nadie, porque tiene un carácter inaguantable. Ramonuccio afirma que él es genial en su género y que le ha ofrecido un contrato «Fabián Vidal», el director de *La Voz*, cuando se ha enterado de que él lleva la voz donde le manden. Luego se comenta la vida de Java Blandouska y el conde se enteró de que Java es una mujer fatal (1) y les agrega que la rusa lleva siempre consigo un inglés que



es masoquista. Sería ofender la cultura de los lectores explicar que se llama masoquistas a los idiotas que encuentran un placer en que les pegue la mujer amada.

## ESCENA III

### Dichos-Java

Entra Java Blandouska. Es esbelta, elegante y a 17 kilómetros se nota que es una mujer fatal. Lleva un látigo en la mano.

(1) Todo el mundo sabe que las mujeres fatales fuman cigarrillos egipcios, tienen un Buda en la alcoba y rien estontó eamente cuando sus amantes se suicidan por ellas.



El conde se declara a Java. Java enterada del estrepitoso amor del conde, le aconseja que se afeite con crema Lather y que lo piense bien, porque ella es sadista y le encanta afizarles estacazos a sus amantes. El conde, que se ha educado con los hermanos Maristas, queda extrañado. Al darse cuenta exacta de lo que significa el sadismo de Java, sufre un vahído de sesenta minutos.

ESCENA IV

Dichos-Norton

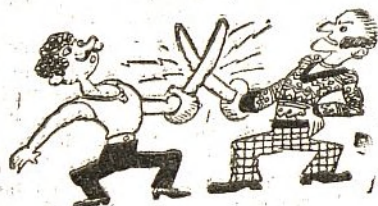
Por la derecha, hecho un higo de Praga, entra mister Pascasio Norton, hombre resueltamente británico, que



viste un traje color niebla de Trafalgar Square. A simple vista se nota que es masoquista. Inmediatamente se echa a los pies de Java y la suplica que le pegue, porque sus golpes le gustan más que un viaje en «carroussell». Java le

arrea varias veces con el látigo y la escena toma un tinte dramático que sobrecoge. Luego la ruía se vuelve al conde y le dice: *Soy una mujer fatal. Así trato yo a los hombres que me aman.* El conde puede decir en un aparte: *¡Qué brutal!*

De pronto, Ramonuccio da un grito



gutural y proclama, como si fuera la República, que él también está enamorado de Java. Estupefacción. Sorpresa. Toses contenidas en las butacas; contenidas en las butacas y en la entrada general. Indignación catastrófica de mister Pascasio que insulta a Ramonuccio. El italiano retrocede y exclama: *No le pego a usted, porque siendo masoquista le iba a dar gusto, que si no...*

Se concierta un duelo entre Norton y el ventrílocuo. Ambos hacen mutis por la derecha y durante un rato se oye el ruido que hacen los sables al chocar. Pero lo más chocante no son los sables; lo más chocante es que Java

asiste al duelo como podría asistir a la Fiesta del Sainete.

Una pausa. Un grito de terror y entra Ramonuccio hecho migas de pan de Viena y diciendo que ha matado a Norton. Blandouska se lanza en brazos del italiano y dice: *¡Te amo!* El ventrílocuo responde: *¡Y yo también!* *¡Que se ponga derecha la torre de Pisa si yo no te amo hasta el fallecimiento!*

La Blandouska y Ramonuccio se abrazan con grandes extremos en un extremo de la escena.

El conde y Feodoro, los contemplan. *¿De manera—dice el conde—que ahora llaman sadistas a las mujeres que pegan a los que aman?* Sí—responde Feodoro—. Pues me voy a casa, por-



que ya se hace tarde y resultó que mi mujer también es sadista. (Mutis de ambos.)

TELÓN RÁPIDO DE IRÚN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Dibs SAMA.



—¡Esta puerta no se abre, Tolito!  
—¡Tú agárrate fuerte del tirador, Casilda!



VIAJANDO POR ITALIA,  
— PARA PRESUMIR —

# ROMANEANDO

Romaneando quiere decir andando por Roma. Supongo que la censura me permitirá la expresión, no inadecuada, ya que, a quien anda por Vitoria, se le dice que está *vitoreando*, y, a quien discurre por Budapest, que está *budapestando*, y, a quien marcha por la calle de Embajadores... que se está estropeando las botas.

Ahora bien, suplico a los tipógrafos que no se equivoquen y, en vez de *romaneando*, me pongan *romanoneando*, porque Roma, desde luego, no tendrá *par*, pero eso no nos autoriza a llamarla Roma-nones. Podría enfadarse Mussolini.

Roma es la ciudad de más seudónimos; le hace la competencia, en tal sentido, a nuestro hilarante colega Ernesto Polo; la llaman «la ciudad eterna», «la ciudad áurea», «la ciudad de los Césares», «la ciudad de los Pontífices»... A veces, hasta la llaman Roma. Se va a ella por todas partes; unos la visitan para estudiar sus obras artísticas; otros para palpar sus piedras venerables; otros para beber su agua fresca; otros para mirar la cara del

Papá; otros para casarse de un modo *romántico*; otros para ver, desde el Pincio, cómo se pone el sol... Y hay ambiciosos que van a Roma por todo... por todo eso junto.

Su historia es casi tan antigua como la del general Weyfer, desde que la fundaron Rómulo y Remo (advertencia: hoy dicen que fue sólo Rómulo; que el Remo lo metieron los historiadores) hasta que los fascistas, el otro día, la *desenfundaron*, tales vicisitudes han pasado por ella que, para referirlas, se necesitaría una pluma muy ducha en contar calamidades (la de «Corinto y Oro», por ejemplo).

Yo—tranquílense los lectores—no pienso contar la historia de Roma; máxime cuando, por cuarenta céntimos, nadie puede exigirla; me parece.

Quien entre en Roma, respire su aire ilustre, vea sus cúpulas doradas, oiga sus campanas graves y sepa, de paso, que está en la capital del catolicismo, tiene que entregarse al reglamentario asombro. El mismo García Álvarez sería capaz de abrir los ojos del todo y poner ya este título para una come-

dia hipotética: *El tono que se da un tuno, o en Roma se atonta uno.*

¡Pues no digamos si se nos ocurre ir al Coliseo, para meditar brevemente! Claro que a los coliseos nadie va a meditar, ni cuando echan drama de Araquistain, pero en este prestigioso Coliseo de Roma, antaño maltratado por la *ovación* de los bárbaros y hogafío respetado por Pirandello, no hay más remedio; las meditaciones brotan, se enredan en las ruínas, se exhiben gratuitamente a los ojos del viajero, y así, demasiado modesto tiene que ser quien no aproveche la ganga y las atrape por los cabellos. No siempre puede uno discurrir un poco, acerca de los altos temas: Eternidad, Religión, Luz y Tinieblas, Vírgenes martirizadas, Guadalupe del Tiempo, Origen de las corridas de toros, etc. Meditaciones de este calibre no se ofrecen diariamente ni a los desocupados que leen *El Siglo Futuro*.

Además, viendo este monumento destrozado, sentimos el consuelo de pensar que, algún día, los monumentos que hoy levantamos a los ilustres, se verán igualmente rotos. ¡Qué suerte la de nuestros descendientes cuando divaguen por entre los cinco o seis ladrillos gloriosos que queden del monumento a Alfonso XII, verbigracia, y experimenten, contemplando la hiedra, el lagarto y el seco estanque del Retiro, la honda amargura de lo perecedero!...

Bien cuida Italia a sus animales. (Ruego que no se vea en esta frase ninguna alusión personal.) Así como Venecia se preocupa de sus palomas, y Pisa defiende a sus mosquitos, Roma siente por sus gatos un cariño que está expuesto a rayar en el delirio.

No tiene Roma gatos vagabundos ni nocherniegos. Jamás veréis aquí seres filosofando por los tejados, ni ese melancólico tipo de gato que busca domicilio, como cualquier ciudadano con cédula. La floreciente raza gatuna, sin nuestros odios por la diferencia de color, dispone en Roma de un domicilio social, amplio y céntrico, con calefacción y decorado, y un nombre famoso: el faro de Trajano. En él, *ellos* y *ellas* se entregan a sus quehaceres domésticos, a su pausada vida de relación, a sus murmuraciones elegantes, y siguen el precepto divino: «creced y multiplicaos» con una fruición que ya la quisiéramos nosotros, los racionales, para nuestros frecuentes momentos de irracionalidad...

BERNARDINO DE PANTORBA

En Roma, el año santo de 1925.



Dib. MARTÍN —Córdoba.

LA SUERTE DE CAÑERO





Dib. SANCHA.—Madrid.

—Pero ¡por Dios! Salustiana: ¿qué le ha pasado en ese ojo?  
—Pues, ná señorita: que tuve un disgustillo con mi novio y me atizó p'al pelo. ¡Qué le voy a contar a la señorita: ya sabe lo que son estas cosas!



# VICENTILLO

Si algún malicioso lector creyese al terminar la lectura de lo que sigue que todo fué invención mía para entreteñerle unos minutos, le diré que no hay tal cosa. Lo que voy a referir, es un sucedido absolutamente histórico y acaeció en un pueblecillo de la provincia de Avila hará dos años próximamente.

Una criada zafia que disfruté, o que me disfrutó, por aquellos días y que como paisana conocía personalmente

a todos los personajes de esta verídica relación, me la refirió con sus nombres, pelos y señales y es como sigue:

Vicentillo tenía catorce años cuando sus padres, humildes labriegos, decidieron mandarlo a la corte para que fuera haciéndose hombre y aprendiera a ganarse la vida. Recomendado por un cosechero de vinos a sus clientes de Madrid, pronto encontró colocación el muchacho en una de las tabernas más populares de la calle de Santa Isa-

bel, y meses después se le veía en el mostrador con su mandil a rayas verdes y negras, su refuerzo de cuero contra la humedad y metido en el fregado de vasos y el despacho de medios chicos, unos tinto, otros clara con limón y otros clara solo.

Como se ve, Vicentillo estaba en camino de tener automóvil y cuenta corriente en dos o tres Bancos. De menos hizo Dios algunos que hoy son consejeros de ferrocarriles y accionistas de la Constructora Naval y de la Sociedad de Explosivos y de las Minas del Rif... ¡Y quién sabe si andando el tiempo veremos a Vicentillo de jefe de la Unión Patriótica, con chaleco *tutankamen* y tuteándose con Fleita!...

«¡El mundo da muchas vueltas, y ayer se cayó»... Romanones!...

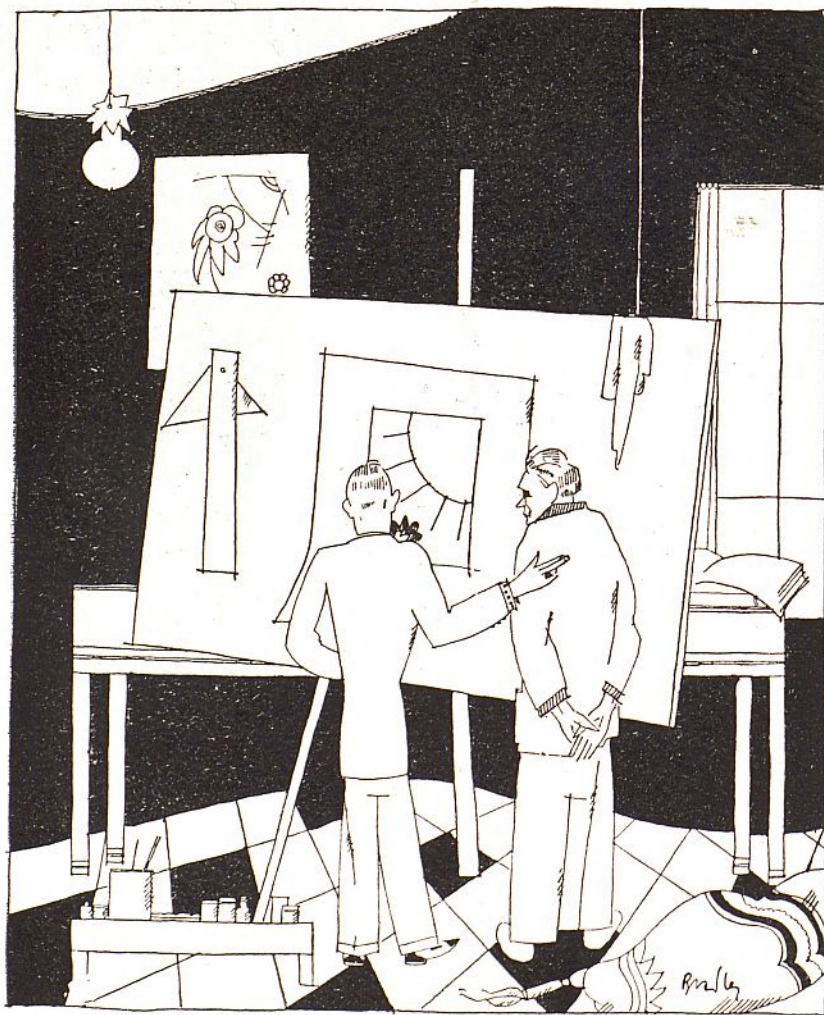
En el pueblo quedaban los padres y la abuela, de los que Vicentillo no se olvidaba enviándoles de vez en cuando parte de sus ahorrillos, que en el teje maneje del mostrador no era difícil hacerlos.

Y así pasaron seis años, hasta que al llegar un día las fiestas de su pueblo sintió Vicente la nostalgia de los suyos y decidió hacer una escapatoria y con dinero en el bolsillo correr una francachela con los mozos de su edad. Vicente tenía ya veinte años.

En sus ensueños de la trastienda, veía la plaza de su pueblo adornada con gallardetes y banderolas; oía el estampido de los cohetes y el repicar de las campanas; veía las cucañas ensabadas de cuyas puntas pendían un bolsillo con quince pesetas, regalo del alcalde, y doce chorizos, regalo de la médica, tal vez para asegurarle clientes a su marido; veíase corriendo delante de la vaca enmaromada y veíase, en fin, bailando un *schotis* agarrao con la Demetria, la sobrina del estanquero, al compás de la banda municipal formada por un clarinete, un cornetín, un bombardino y un tambor.

Este programa le sugestionaba de tal modo, que no hubo manera de resistir. Consiguió permiso del dueño de la taberna, y a las fiestas se fué Vicente más satisfecho que si le hubiesen nombrado delegado gubernativo o cabo del Somatén.

Llegó a su casa; la alegría de todos fué extraordinaria. Cenaron opíparamente lo que Vicentillo llevó de Madrid, que no era poco, y a la hora de acostarse surgió una dificultad. En aquella humilde casa no había más que dos camas. La en que dormían los padres, y otra que ocupaba la viejeci-



Dib. BRADLY.—Madrid.

—Está muy bien, pero debías hacer otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Sí, hombre; vender gomas para los paraguas, por ejemplo!...



ta. ¿Qué hacer? Vicente no podía quedarse en la calle, y aquella pobre gente no se le ocurrió más combinación sino que el hijo durmiera con la abuela.

Claro es que al mozo no le hizo mal-dita la gracia, ¿pero qué remedio?... Y así como se pensó, se hizo.

Se acostaron, como queda dicho, y a la hora y media de profundo silencio, Vicente, hecho un bendito, soñaba que estaba abrazado a una de las cucufias en busca de los chorizos o tal vez bailando con la Demetria un *scho-tis* muy *apretao*, el caso fué que la pobre vieja se despertó medio asfixiada gritando desesperadamente:

—¡Socorro! ¡Que me ahogan! ¡Que me quiten esto de encima! ¡Socorro!...

El padre, que despertó sobresaltado, sospechando quizás alguna granujada de su hijo, se levantó, cogió un garrote y acudió en defensa de su madre; pero Vicente, que veía lo que iba a ocurrir, optó por salir huyendo a la calle y pasar la noche de ronda con los mozos.

—¡Ah, granuja!—rugió el padre—. ¡Se ha escapado! ¡Pero no se apure usted, madre, que yo la vengaré!

Y, en efecto, al día siguiente por la tarde cuando la plaza del pueblo estaba más concurrida y la animación era extraordinaria, encontró el padre a Vicente bailando con la Demetria; levantó el garrote que llevaba, y a no haber sido por impedirlo la gente le hubiera molido las costillas según iba de furioso.

Se armó el escándalo consiguiente y una vez separados preguntaron los mozos al muchacho:

—¿Pero qué le has hecho a tu padre que quiere matarte?

—¿Yo? ¡Nada!—dijo Vicente.

—Algo será, porque sin motivo...

—¡Es que mi padre es muy egoísta! Quiere matarme por una sola vez que he dormido con su madre. ¡El ha dormido quinientas veces con la mía, y nunca le he dicho yo una palabra!...

Todos se echaron a reír ante la disculpa de Vicente, y hasta no faltó quien le diera la razón. Los más ancianos intervinieron cerca del padre, convenciéndole de que el muchacho no tenía la culpa y tal mañana se dieron que el padre perdonó a su hijo, terminaron las fiestas con la mayor alegría y hoy se encuentra de nuevo Vicente en su mostrador de la taberna de Santa Isabel, entregado a la faena de servir medios chicos y decidido a volver a su pueblo en automóvil propio.

¡Y lo conseguirá! ¡Si no hay como ser tabernero!...

FIACRO YRÁYZOZ



Dib. GARRIDO.—Mod. Id.

—Querido tío: yo opino que debías asegurar la casa.

—¡Pero hombre! No seas majadero. ¡Si la compré el año pasado y está nuevecita!...



## LOS ENEMIGOS DEL HOMBRE

## LA MONOMANÍA PERSECUTORIA

Hay hombres —y mujeres— a quienes obsesiona la idea de que los demás han venido a este mundo con la exclusiva misión de molestarles. Todos tenemos una tía política que le dice iracundamente a su sobrina carnal, nuestra mujer: —Esta mañana me he encontrado a tu señor esposo en el tranvía, y no le ha dado la gana de saludarme—. De nada vale que arguyamos a nuestra compañera que no mantenemos prevención ostensible contra la buena señora, y que entre los deberes que religiosamente cumplimos a menudo figura el de pagarle el tranvía. La buena señora, en su simplicidad erizada de espinas, cree que lo más importante que tenemos que hacer en el mundo es fingir que no la vemos nunca, y fastidiarla delante de los cobradores.

Todos tenemos un amigo un poco insoportable, a quien soportamos diariamente con evangélica unción. Pero este hombre es uno de tantos vidriosos siempre dispuestos a olvidar nuestras cualidades y a no transigir con nuestras imperfecciones, lo que quiere

decir que si le hemos acostumbrado a felicitarle todos los años el día de su cumpleaños, no nos perdonará nunca el que se nos olvide alguna vez. Y ese día, si no prefiere callarse para devorar en silencio su enojo, nos disparará a bocajarro esta pregunta terrible: —¿Qué te he hecho yo? ¿Qué resentimientos tienes conmigo? ¡Me choca mucho, pero mucho, tu conducta!

—Pero, hombre —aduciremos humildes—, ¡Si te he felicitado siempre!

—Pues por eso me choca que no me hayas felicitado ahora...

El caso es que nosotros, ingenuos de remate, imaginábamos que, precisamente por haber observado con todo celo la costumbre de felicitarle, quedábamos excusados ante él de este olvido, cuya impremeditación no podía resultar más evidente y notoria. Error. El precedente, en este caso, antes que corroborar nuestro buen corazón solo ha servido para probar «que ya no somos como antes», «que nuestra amistad se va enfriando» y que «tenemos contra él algún agravio pendiente».

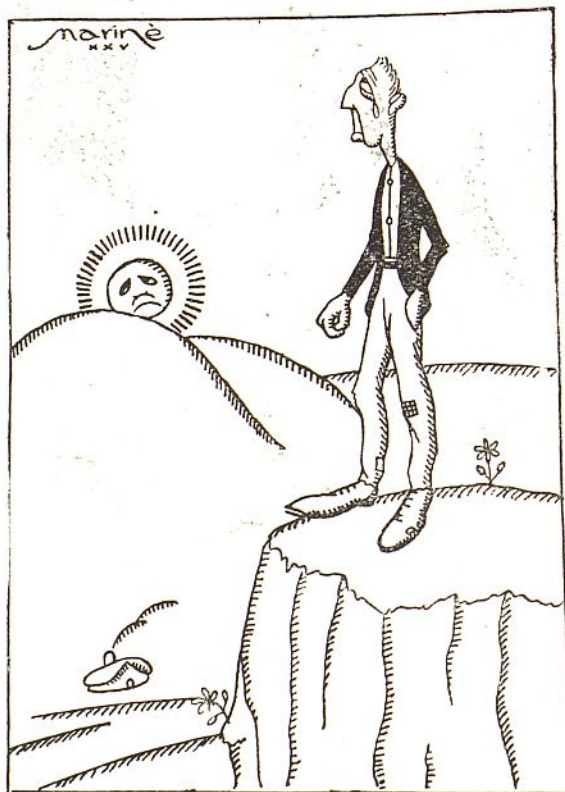
La convivencia social lo demuestra;

es infinitamente más fácil encontrar enemigos y persecutores que amigos y aliados. Yo conocí a un enfermo del hígado, ex poeta, ex novelista, ex joven, que se dedicó a crítico de esos que manejan latinajos y apellidos extranjeros, el cual gritaba muy a menudo: —«Para mí todo escritor es un jumento mientras no me pruebe lo contrario». —Y agregaba: —«Todo hombre es un canalla, hasta que empieza a dejar de serlo». — Aquel saco de víboras reventó una vez, al fin, para convencernos de que el Destino suele tener sentido común. Que Dios lo guarde en su seno, y no le permita jamás salir de la tumba, donde debe estar pudriéndose tan ricamente.

Como ese bribón, cuya muerte me proporcionó una de las alegrías más puras de este mundo, los hay a montones. No viven ni dejan vivir. Creen que los demás alentamos únicamente para hurtarles el sosiego y el pan y el laurel. Son los que aullan desde la rebosante plataforma del tranvía, cuando alguno de nosotros intentamos asirnos a ella: —¡Aquí no se cabe! — Son los que nos miran de reojo, indignados, cuando unos cuantos amigos nos dan un banquete o un primer premio, o un «bombito». Son los que rugen como si les pisaran un callo cuando a alguien le otorgan un honor o un destino. Los que palidecen ante las cosas ajenas; los que interpretan a su modo, y califican como les da la gana, y justifican sus bellaquerías, porque, como dijo Benavente con amarga verdad, «lo peor de la ingratitud es que quiere siempre tener razón»; los que todo se lo saben y todo se lo merecen y todo se lo ven mermado; los que, cuando somos algo canallitas, no nos perdonan porque los canallitas no tienen perdón, y, cuando no lo somos no nos perdonan tampoco porque nuestra bondad es diplomacia, o blandura, o cobardía...

Da pena verlos jadeantes, verdes, consumidos, siempre maldiciendo y siempre insaciados. Desconfían de todos. Temen que las almohadas las fabriquen con pedruscos, y suponen que ellos o nosotros sobramos en este mundo. Porque no duermen en paz, nos imaginan insomnes. Convierten en pirámides los granitos de arena, y en cada vaso de agua improvisan toda una galerna cantábrica. Confesemos que estos infelices merecen la compasión de los mediocres a quienes no nos solivianta más inquietud que la de meternos en la cama todas las noches modestamente, para roncar con la ramplona pero dulce apacibilidad de un adoquín.

E. RAMÍREZ ANGEL.



Dib. MARINÉ.—Valencia.

—¡Se acabó esta vida de privaciones y de hambre! ¡Me voy a hacer una tortilla!



# "YO NO HE MENTIDO JAMÁS"

POR PIERRE MILLE

En la oficina del señor Jonás Obededom Merryweather, propietario único, dueño absoluto, después de Dios, de una de las más notorias hilaturas de Manchester (100.000 libras de beneficios anuales), no se veía sobre la mesa, aparte del block de notas en donde este eminente industrial hacía sus cálculos, más que dos objetos: una Biblia y un teléfono. No había lugar para otra cosa en la vida de este austero protestante británico.

Fiel al octavo mandamiento, Merryweather se enorgullecía de no mentir jamás. Era muy conocido. Su palabra nadie la ponía en duda.

Un sábado por la mañana dijo a su esposa:

—Flora, préstame un servicio.

—Todo lo que quieras, «dearie».

—Propónme la venta de 500 balas de algodón a 16 chelines y 6 peniques.

—¿Qué dices?

—Que me propongas la venta de 500 balas de algodón a 16 chelines y 6 peniques.

—No te comprendo. Ni yo vendo algodón ni lo he tenido nunca.

—Flora, replicó con voz firme Merryweather, una buena esposa debe siempre obedecer a su marido. Tú siempre has sido buena esposa; estoy orgulloso de ello; no faltes hoy a ese deber sagrado. Hazme la oferta que te digo.

—Bueno, sí. Puesto que ello te agrada...

—No, así no. En los negocios hay que poner los puntos sobre las fes. Dime: Yo te propongo...

—Yo te propongo 500 balas de algodón...

—Calidad corriente, precioso Merryweather.

—Calidad corriente, a 16 chelines y 6 peniques.

—Así está bien. No te pido más. Voy a anotar la hora y la fecha. 29 de abril de 1925, a las ocho y media de la mañana. Déjame rezar una oración y en seguida iré a tomar el desayuno.

Merryweather oró y desayunó. Después se dirigió a su fábrica en tranvía y entró en su despacho. Hizo sonar un timbre.

—Que entren los comisionistas.

Eran siete u ocho, de ojos agudos como la punta de sus lápices bien afilados. Un pedido de la casa Merryweather tenía que ser importante y la comisión espléndida.

Había que ser prudente, reservar un margen para el riesgo. Hallábase allí entre los comisionistas Epaminondas Zaphyropulo, el griego de Esmirna, que fué médico en Italia, ingeniero en

Bulgaria, periodista en Francia y comerciante en Inglaterra.

Merryweather se sentó, jugando con su pluma estilográfica.

—Siéntense ustedes, amigos, siéntense. Veamos qué cantidades ofrecen ustedes.

—Trescientas balas, fin de mes, a 18 chelines—dijo uno.

—A 17,8—dijo lacónicamente otro—; cantidad la que usted desee.

—A 17—ofreció valerosamente Zaphizo.

La pluma de Merryweather tocaba el papel como para escribir, pero no escribía.

—No—decidió por fin Jonás, tras un momento de silencio.

—¿No?—dijo uno—, pues esa es la cotización.

—Yo aún rebajo de la cotización—exclamó otro.

Zaphyro no dijo nada. Se reservaba.

Gentlemen, declaró Jonás Obededom Merryweather, lanzando una mirada pura y cándida, no hace ni dos horas... Es decir—añadió sacando el reloj—, hace exactamente una hora y

tres cuartos que he recibido una oferta de 500 balas a 16 chelines y 6 peniques.

—¡No es posible!—exclamó un comisionista.

Naphiro separó sus manos en señal de desaliento.

—Gentlemen—respondió Merryweather molesto—, ¿han oído ustedes decir alguna vez que yo haya mentido? ¿Puede alguien reprocharme el que yo haya cometido tal pecado?

—Señor Merryweather, es usted incapaz de ello—dijo Zaphyro con una dulce sonrisa—. Hace usted un gran negocio, pero después de todo, 500 balas a 16 chelines, ¿qué representan repartidas entre tres de nosotros? ¿Le conviene a usted?

—Acepto por complacerles—dijo Merryweather.

Por la noche, dijo a su mujer: No ha sido malo el día, Flora. Figúrate que he comprado en condiciones casi tan ventajosas como las que tú me hiciste esta mañana. ¡Demos gracias a Dios! Y rezó una oración.

G. P.



EL CHICO.—Se olvida usted de su paraguas y está lloviendo.

EL HOMBRE METÓDICO.—No se qué hacer. Mi sistema es tener un paraguas aquí y otro en casa. Si me llevo ahora éste, resultaría que los tendré los dos en casa...

(De The Humorist de Londres.)



# LA GRACIA DE LOS OTROS

CHISTES DE TODO EL MUNDO

El marido.—Veo que te estás probando otro vestido nuevo. Esto no puede seguir así.

La mujer.—Tienes razón, ya he llamado a la modista para que me cambie el adorno, que no me gusta nada.

De *El Meggendorfer Blaetter*.  
Munich.

—¿Te desagrada que se sienten trece en la mesa?

—Sí. ¡Siempre que no haya comida más que para doce!

De *Nagels Lustige Welt*. Berlín.

—Hoy he hecho una verdadera obra de caridad, decía un comerciante al sentarse a comer.

—Me alegro mucho de oírte hablar así, le dijo su mujer, cuéntame como ha sido.

—Uno de mis dependientes me ha pedido que le aumente el sueldo porque quiere casarse y, yo, se lo he negado.

De *Bristol Times and Mirror*.

Un muchacho. — Mi hermana tiene mucha suerte.

Otro muchacho. — ¿Por qué?

El primer muchacho. — Porque estaba jugando a un juego en que los hombres, si perdían, tenían que dar un beso o regalar una caja de bombones, y ella vino a casa con trece cajas.

De *Yorkshire Evening*. Argus.

La madre. — Tomasín, no comas el helado tan deprisa. Conozco un chico que se comió un sorbete con tal rapidez, que se murió antes de haberse comido la mitad.

Tomasín. — ¿Y qué fué de la otra mitad?

De *Vikingen*. Oslo.

—Mamá, ¿qué clase de pájaro es Colón?

—Colón no es un pájaro, es un hombre.

—¿Entonces qué quiere decir eso del huevo de Colón?

De *Meggendorfer Blaetter*. Berlín.

Un amigo de Adolfo que es agente de seguros, le dice a este:

—Debes asegurarte en esta sociedad contra toda clase de accidentes.

—Jamás, contesta Adolfo, no tengo suerte, nunca he ganado un premio a la lotería y si me aseguro tengo la evidencia de que no me ocurre el menor accidente.

De *Ulk*. Berlín.

Ella. — Leo en este artículo que hay más hombres calvos que mujeres a causa de la intensa actividad de sus cerebros.

El. — Y yo he sabido que a las mujeres no les sale barba a causa de la intensa actividad de sus mandíbulas.

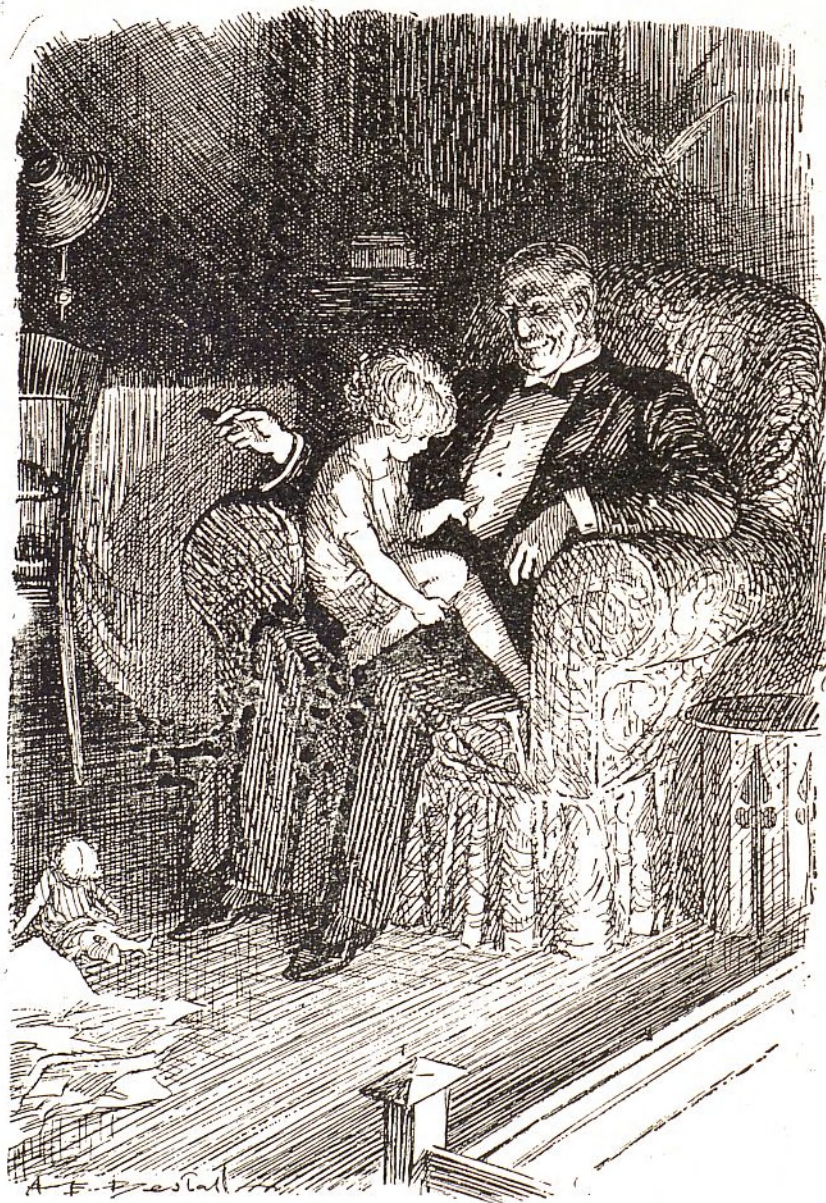
De *Birmingham Post*

Un profesor se hallaba muy ocupado en su trabajo cuando su mujer le dijo:

—Harry, el niño se ha bebido la tinta, ¿qué hago?

—Escribe con lápiz.

De *Illustrated Leicester Chronicle*.



El niño (tocando la pechera almidonada de su abuelo). — Oye, abuelito, y cuando te pones la camisa ¿cómo te las arreglas para doblar los codos?

(Del *Punch* Londres).



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**

Apartado 12.142

MADRID

K. Mueso.—Ilustre comediante: ese cuento nos lo han contado a nosotros, y lo que es peor a nuestros lectores, la mar de personas y la mar de veces. ¿No lo sabía usted, verdad? ¡Pues sí, señor!

J. Castilla. Tetuán.—Resulta más flojo que un anciano de noventa y nueve años y medio.

Un friolento.—¡Arrópesel... Es lo único que tenemos que decirle... Porque de los versos aquellos, ¡más vale que no hablemos, porque íbamos a regañar muy seriamente!

M. H. G.—No publicamos sones, los sueltos, ya lo dijimos otra vez.

R. Aranda. Barcelona.—

En mi cabeza no cabe que un juvenil escritor confíe que en *Buen Humor* fondee esa ¡Pobre nave! nave que él mismo no sabe si es de vela, o de vapor...

¡Si no tenía más remedio que estreñarse, caballero!...

Los corsés y fajas, de casa de *Presa*, son siempre elegantes, bien a todas sientan. Y el sostén de pechos de marca *Ideal*, saben las señoras que no tiene igual.

Fuencarral, 72.  
Teléfono 48-00-M.

¿Le gusta oler bien?

Compre sus perfumes en "Lillo".—Fuencarral, 62  
A la presentación anuncia, 5% de descuento

B. G y A. Barcelona.—

Resulta su *Amor de Anfibio* un tanto fenomenal, y con un chiste al final que, a más de viejo, es de alivio. ¡Por lo demás, no está mal!...

Xantipas. Madrid.—

Mi distinguido Xantipas: sepa usted que en *Buen Humor* o hay que reírse las tripas o hay que reírse un horror...

¡En resumen que hay que reírse, sea como sea, con los intestinos o sin ellos, si esto es posible!... ¡Y como, con lo suyo, no nos hemos reído de ninguna de las dos maneras, pues nos hemos quedado tan serios, pensando en el disgusto que se va a chupar usted cuando lo sepa!...

Mona literata. Madrid.—Nos duele, hasta llegar al calambre, el mostrarnos pesimistas y reacios con las encantadoras señoritas que nos honran con los brillantísimos

**SENSACIONAL  
DESCUBRIMIENTO**  
os asombrará en breve plazo

productos de su retrechero ingenio. Pero, ¡ay, amiga mía!, con dolor y todo, y aunque fallezcamos de desesperación, es preciso que la comuniquemos a usted que sus versitos los guardaremos en nuestro pecho toda la vida, pero que no comeremos la ligereza de ofrecérselos a nuestros guasones lectores, porque estamos seguros de que no los saborearían con la delicadeza y el éxtasis que ellos merecen.

G. R. Cambra. San Sebastián.—Es de una puerilidad realmente parvulínea.

Cenifato Rodríguez. Usted es un guasón, no nos lo niegue. La chunga más tropical campea en sus versos, y el pitorreo más lírico rezuma en sus cartas. ¿Como, pues, publicar eso, que es un choteo isótero y bilateral, sin incurrir en las

iras de los lectores? Mande algo en serio, si le dá la gana, y hablaremos más despacio. Nos ha sido usted simpático, ¡palabra!

Quintus Mucius. Oviedo.—Es de una sosej que adormila.

Abd-el-Kader. Melilla.—¿Defender a las suegras en nuestra revista? ¡Ni en broma!... Lo único que podemos hacer es tolerar que se defiendan el as. Y, a este fin, ofrecemos nuestras columnas a todas las suegras que quieran escribir algo, o algo, en su descargo. ¡Fuera de eso, nada! ¡Ni los buenos días!... ¡Hay, en esta santa casa, víctimas que sangran todavía y que piden venganza con gritos del alma!...

Las burdas imitaciones que del de Olive, a montones se hacen, consiguen tan sólo que se vendan a millonados frascos de Licor del Polo.

Rufo García. Madrid.—Esos *Piropos* que usted nos dedica, le juramos por nuestra santa abuela que no los merecemos. Y, por tanto, nos negamos abiertamente a admitirlos.

Leandro Reyes Santa-Faz. Madrid.—Es larga, y no muy subterfuclosa, su composición *Indemnizaciones de residencia*. Mande otra cosa, porque nos parece que no tenemos nada suyo pendiente de publicación.

A. M. B. Málaga.—El artículo nos ha decepcionado. Y los *monos* nos han dado un mico. ¡Disculpas que hay!

A. de Sels.—No hemos sabido encontrarle la gracia a su poesía. en confianza, ¿la tiene?

F. Prieto.—No vale nada.

C. Cincinatl.—Está escrito con muy buena letra pero con muy mala sombra. Y dispense la forma de señalar, pero es que es verdad.

Rimni. Gijón.—Usted no puede figurarse los miles de millones de años que hace que ese cuento hizo reír por primera vez a un auditorio benévolo.

Lasaga. Santiago.—No nos place ese proceder infame del envene-

**AMADOR**

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

nador protagonista de su narración. ¡Un marido que le dá morcilla a su mujer!... ¡Asesino! ¡Criminal!... ¡Al cestol!...

J. L. Valladolid.—Eso es muy serio, amiguito y con una tendencia política hacia la izquierda que nos asusta un poco. Mándelo a *El Socialista*, a ver si se lo publican, que me parece que no vá a poder ser tampoco.

L. M. Cobo. Madrid.—Amable señorita: si su cuento *Una imprudencia* fuese tan feliz de asunto como de forma, no habría más que hablar y se publicaría *ipso facto*. Haga, pues, cosas de humorismo menos abstracto y menos *snoob* y tendremos una enormidad de gusto en complacerla.

B. N. T. Bilbao.—Al comenzar a leer su cuento pensamos que era usted un cerdo, pero al acabar hemos visto que era usted solamente un infeliz borrico. Reciba usted nuestra enhorabuena y recuerdos a la familia, de nuestra parte.

Mutt y Jeff.—Madrid.—En efecto, tenían ustedes razón al temer que sus versos no nos iban a servir para nada. ¡Qué clase de clarividencia más pasmosa!...

Lo único que no nos explicamos es para qué narices nos los han mandado ustedes. Así como no nos explicamos tampoco por qué se ponen ustedes como seudónimo los nombres de los famosos *comédiens à figure noire* que, al revés de ustedes, son los tíos mas graciosos que hemos visto en nuestra vida...

**CUPÓN**

correspondiente al núm. 217 de **BUEN HUMOR**

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



# EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

## El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Parlería.  
Háblase de tipos raros. Se ha descrito ese hombre, estilo M. Briand, noblite pero descuidado. Y otros análogos, por su extravagancia y dispares, por su modalidad. Y después, uno que ha permanecido callado en la tertulia, dice:

—¡Pues, y de nombres raros! Yo he conocido varios a quienes nunca he podido felicitar, por no saber la fecha de su santo. ¿Cómo creen ustedes que se llama uno que celebraba su santo el día de la Purísima?

—¡...!  
—¡Concho!

Lur Isla.—Madrid.

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—¿Cuáles son los colaboradores de Buen Humor más religiosos?

—Los que mandan sus trabajos al Concurso, porque todos van detrás de las diez beatas.

Antonio Molina Ambite

El marido que sorprende a su mujer *in fraganti* con un amigo de la casa.

—¡No os mato a tiros por no hacer ruido y que los vecinos se enterasen de esto!

Tino.—Valladolid.

—¿Cuál es el colmo de uno que no piensa en nada?...

—Que le salte una liebre en la cabeza, porque donde menos se piensa, salta la liebre.

P. G.—Arévalo (Ávila.)

**Aparatos fotográficos  
Gramófonos  
Objetos para regalo  
Jiménez: Preciados, 60**

Buena Memoria.

—Yo—decía un andaluz—tengo una memoria feliz. En cuanto entra

una idea en mi cabeza, jamás se me olvida.

—¡Hombre! ¿Y aquellos cinco duros que te presté, cómo se te ha olvidado devolvérmelos?

—Es que aquellos cinco duros entraron en mi bolsillo; pero no en mi cabeza.

Santiago Santacreu.—Madrid.

Carta de una señorita muy coqueta, a una amiga:

«... tantos desengaños, alteraron profundamente mi salud. ¡Con decirte que en seis años que hace que no te he visto he envejecido... lo menos dos meses!»

Felipe Rodríguez.—Madrid.

En la Delegación de Hacienda se presenta un hombre con un documento y colgando de él un timbre móvil que se balancea al extremo de un hilo.

El empleado atónito le pregunta por qué no fija el sello en el documento a lo cual contesta airado su interlocutor: «Pues toma, porque si lo pegara, ya no sería un timbre móvil».

Pa. Ketito.—Barcelona.

Se cayó un albañil del quinto piso de una obra en construcción y se hizo polvo.

Mandaron a uno de sus compañeros y vecino suyo a darle la noticia a la mujer advirtiéndole se la diera con el cuidado que se hace en estos casos; llega mi hombre a la casa: ¿qué te trae por aquí?—le dice la

El autor.—De ninguna manera, para que el público se dé cuenta de la importancia de este número y ganar el éxito, es necesario que canten las cuarenta y veinte más.

Pedro Soria.—Madrid.

Unos amigos se embarcan en un bote para dar un paseo. A tiempo

Para la  
**TAPAS** encuadernación de  
"BUEN HUMOR"  
Se venden en nuestra Administración,  
Plaza del Angel, núm. 5.

mujer del albañil al verle; vengo a darle a usted la noticia de que a su marido se le ha caído la chaqueta desde lo alto del andamio—¿bueno y qué?—contesta la mujer, a lo que repuso el albañil después de mucho cavar: el caso es... el caso es... que... la tenia puesta.

Mariano Alonso.



En el ensayo.  
El empresario.—Salvo su opinión, yo creo que con las cuarenta corbatas que tenemos, es bastante para estrenar el coro de las jugadoras, en la nueva zarzuela.

## "BUEN PROVECHO"

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes  
"Los Teas" Alberto Aguilera, 29  
Teléf. 11-59 J. :-:

de ir a merendar y sacar un magnífico jamón, grita uno ¡el bote hace agua! Déjalo, contesta otro; a mí se me hace la boca agua y no grito tanto.

Fernando Villanueva.—Madrid.

—¿Cuáles son los hombres a los que no se les puede tomar medida para el calzado?

—Los que llevan las piernas de palo.

La burguesita.—Madrid.

Par una tos perniciososa Torcuato está que no vive, sólo se le curará tomando jarabe ORIVE.

Entre padre e hijo.

—Papá ¿quién descubrió la Rodesia?

—Pues, un geógrafo llamado Cecil Rhodes.

El hijo queda unos minutos pensativo y luego dice—¡ah! ¡Ya comprendo! ¡Así como Cecil Rhodes descubrió la Rodesia, Alejandro Magno fue el que descubrió la magnesita!

Minotauro.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN  
Provisiones, 12.





# CREMA

# LIDA

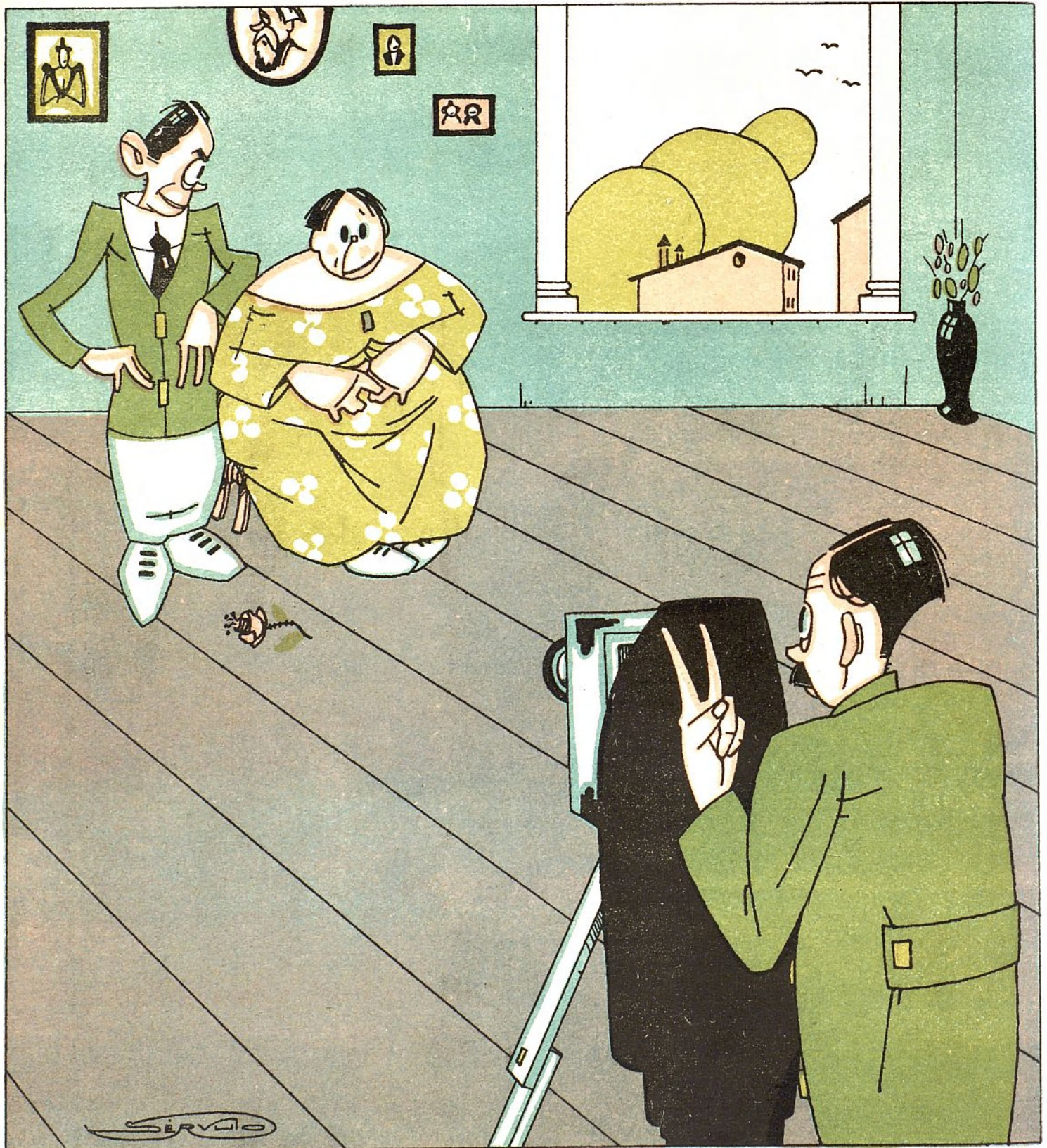
## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# BUEN HUMOR



Dib. SÉRVULO.—Albacete.

EN CASA DEL FOTÓGRAFO

—¿Juntos, verdad?

—No, señor; casados por la Iglesia...

Ayuntamiento de Madrid